

Lo social de la pandemia del Covid-19: *Cuidar la Casa Cuba*

*Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
digo yo.*

Fin y principio (Wisława Szymborska)

Las epidemias son fenómenos biológicos, pero también sociales. Si hay una crisis de salud mundial que ha puesto esta conexión en evidencia ha sido la actual pandemia provocada por el Covid-19. Es cierto que ahora la urgencia está en curar, prevenir nuevos contagios y parar el avance del virus, pero han bastado unos pocos meses para apreciar las innumerables –e impensadas- implicancias sociales que esta crisis está generando. Su alcance ha golpeado con una escala y ferocidad sin precedentes y muchos se preguntan cuánto de nuestra sociabilidad previa a la pandemia continuará inalterable una vez superada. Ya se anticipa que muchas de las medidas de aislamiento social deberán continuar una vez sorteado el momento crítico de contagios y, por lo menos, hasta que se encuentre una vacuna.

En Cuba, pese al triunfalismo inicial con que el gobierno aseguró que la isla era un destino seguro para turistas para prevenir el Covid-19 y que su sistema de salud era infalible, a poco más de un mes de reportados los tres primeros casos oficialmente confirmados (13 de marzo), el país ha pasado a la segunda fase llamada *etapa de transmisión autóctona limitada*, reportándose 1437 contagios y 58 muertes al cierre del 27 de abril, según el parte oficial del [Ministerio de Salud de Cuba](#) (MINSAP). Se han diagnosticado casos en todos los territorios del país. Los contagios han alcanzado ya al personal de salud, confirmándose 25 trabajadores del sector positivos del virus. Hasta el 6 de abril, la edad promedio de los fallecidos por Covid-19 en Cuba era 67,2 años. De acuerdo con la información proporcionada por las autoridades sanitarias, más de la mitad de ellos presentaba antecedentes de hipertensión, diabetes, neumonía u otros factores de riesgo.

Hay evidencia suficiente para demostrar que la letalidad estimada por razón de este virus en las personas mayores de 60 años es más alta que en cualquier otro grupo etario, y Cuba es el país más envejecido de la región (20,1% de la población es mayor de 60 años)¹. Preocupa el reciente reporte de un brote masivo de Covid-19 que involucra a personas mayores en una institución de cuidado del Estado, un Hogar de Ancianos en la provincia de Villa Clara. Allí se reporta el evento de transmisión local más grande del país. Según los datos oficiales, el 20 de abril se confirmaron 57 casos positivos -44 de ellos adultos mayores-, un fallecido, y 148 contactos vinculados a 13 trabajadores confirmados con el nuevo coronavirus. No obstante, desde el Ministerio de Salud, [el encargado de la cartera](#) ha asegurado recientemente que el país se encuentra en condiciones de enfrentar esta enfermedad, y que la capacidad diagnóstica está garantizada, superándose la cifra de más de 1000 pruebas realizadas en un día.

La evolución de la pandemia en Cuba, como la del resto del mundo, hace pensar que las frecuentes expresiones del estilo "*cuando esto termine*" y "*cuando haya pasado*" deben recibirse con precaución y sospecha. Lo que está sucediendo no es algo que debamos pensar con un "*final*", porque ello reduciría la actual situación solo a una crisis

¹ En un artículo reciente escribí específicamente sobre el impacto del Covid-19 en la población mayor en Cuba: https://www.14ymedio.com/nacional/Gobierno-cubano-puede-solo-coronavirus_0_2843115661.html?platform=hootsuite

sanitaria. Muchos gobiernos, preocupados por los efectos económicos, se apuran en determinar las fechas de la “vuelta a la normalidad”. Otros ya han comenzado las primeras fases de reapertura. Sin embargo, hay muchas problemáticas que han rebrotado con la pandemia que, aunque menos visibles, no estarán solucionadas una vez encontrada la vacuna. Podremos encontrarla antes de lo imaginado –de 12 a 18 meses los pronósticos más optimistas-, pero no habrá bastado la medicina para frenar los efectos sociales, económicos, psicológicos y hasta antropológicos de esta crisis global.

El confinamiento que demanda esta crisis sanitaria, su carácter global y sus efectos en múltiples ámbitos, nos ha dado una oportunidad única de vernos a nosotros mismos, a nuestras sociedades y gobiernos desde una perspectiva más clara. Así como muchos han aprovechado de reflexionar sobre sí mismos y poner en orden sus casas, se precisa que lo hagamos con las sociedades en que vivimos. Es una ocasión muy propicia para repensar y reordenar *la Casa Cuba*. En los párrafos que siguen quiero llamar la atención sobre la forma en que esta pandemia agudiza la *crisis del cuidado* que ya venía padeciendo la sociedad cubana; una crisis que ha evidenciado que la atención de salud y los cuidados no son simplemente una serie de actos que se organizan en una emergencia de salud pública, sino también una forma de estar y relacionarse con los demás que manifiesta la *interdependencia* de sistemas y personas para sostener cotidianamente la vida.

Las necesidades de cuidado se profundizan: las familias y las mujeres en la “primera línea”.

*En la hierba que cubra
causas y consecuencias
seguro que habrá alguien tumbado,
con una espiga entre los dientes,
mirando las nubes.*

Fin y principio (Wisława Szymborska)

Si hay un ámbito que la crisis sanitaria pone en evidencia es la injusta organización social de los cuidados y su importancia para la sostenibilidad de la vida. La sociedad cubana atraviesa por una profunda crisis de cuidados que se explica por varias razones, entre ellas, el sostenido aumento de la demanda de cuidados provocado por el acelerado envejecimiento poblacional junto a las persistentes necesidades de la población infantil, los enfermos y discapacitados. Mientras aumenta la necesidad de servicios de cuidado, la oferta pública es escasa y está concentrada en manos de un Estado que ha ido disminuyendo el gasto social y redirigiendo a las familias la responsabilidad principal de esta tarea. Los cambios en las familias, la mayor participación laboral femenina y el aumento de la migración de mujeres jóvenes, han provocado una menor disponibilidad de las tradicionales cuidadoras en el hogar.

Las medidas fundamentales para prevenir el contagio del Coronavirus suponen un confinamiento en el espacio doméstico e, inevitablemente, ello viene aparejado de una sobrecarga de cuidados en las mujeres. En los hogares de todo el mundo, la mayoría del trabajo no remunerado lo realizan mujeres y niñas. Pero en América Latina, el desequilibrio en la distribución de las tareas domésticas y el cuidado es mucho peor que en otras regiones. Si analizamos el tiempo total dedicado al trabajo no remunerado en el hogar, las mujeres en América Latina y el Caribe aportan el 73%, y los hombres, el 27% restante. Por su parte, las mujeres cubanas en sus hogares dedican 14 horas más de tiempo que los hombres a estas tareas, de las cuales 9,2 horas de la diferencia le corresponden a las tareas domésticas y 4,9 horas al cuidado de personas necesitadas o dependientes.

En Cuba, el 23 de marzo se cerraron temporalmente las escuelas a causa del COVID-19 después de una fuerte presión ciudadana para que el Estado tomara dicha medida. Por su parte, la gran mayoría de los niños y niñas menores de cinco años (77%) recibe cuidados en los hogares o en centros de cuidado privados. Esos niños y niñas requieren cuidados que sobrecargan el tiempo de las familias, en particular el de las mujeres, que dedican diariamente el triple del tiempo al trabajo doméstico y a cuidados no remunerados, en comparación con el que dedican los hombres a las mismas tareas. Más aun, las desigualdades de género se acentúan en hogares de menores ingresos donde las demandas de cuidados son mayores, al tener más dependientes por hogar. Sin embargo, en Cuba la protección a las personas trabajadoras remuneradas a cargo de niños/as y personas mayores está teniendo un sesgo grave, con perjuicio para grupos poblacionales específicos, como las trabajadoras por cuenta propia.

A los problemas crónicos de abastecimiento de alimentos, hay que agregar un conjunto de otras problemáticas sociales que dificultan el confinamiento en Cuba. Las dificultades con el suministro de agua y de productos básicos de higiene, vitales en la implementación de las medidas de prevención sugeridas para frenar los contagios, son evidencia de problemas estructurales no resueltos que se hacen críticos en situaciones de emergencia. Lavarse las manos frecuentemente implica un esfuerzo adicional para más de 4 millones de personas en Cuba, que no cuentan con agua suministrada por tuberías dentro del hogar.

Las precarias condiciones de habitabilidad de muchas viviendas, un problema también crónico en el caso cubano -datos oficiales reportan un déficit habitacional de casi un millón de viviendas y un 39 % de las viviendas se encuentra en regular y mal estado técnico-, el hacinamiento y la convivencia multigeneracional dificultan la gestión de la vida cotidiana toda vez que se debe permanecer la mayor parte del día en la vivienda. A esto se suma el estrés y la incertidumbre ocasionados por la pérdida de empleos, las situaciones de pobreza, el aumento de la desigualdad social –en la actualidad el coeficiente Gini ha ascendido a más de 0,40, denotando una sociedad muy desigual- y la sobrecarga de cuidados. Todo ello incide en el aumento del maltrato y la violencia doméstica que se ejerce particularmente sobre grupos más vulnerables: las mujeres, las niñas y niños, y las personas mayores.

Las estadísticas oficiales en Cuba sobre maltrato hacia personas mayores son escasas, además de existir pocos estudios sobre el tema. La última Encuesta Nacional de Envejecimiento de la Población (2017) incorporó la temática y reportó que un 11% de las personas mayores de 60 años consultadas han sido víctimas de situaciones de maltrato por parte de sus convivientes o responsables de su cuidado. Hay otro dato interesante que, aunque no remite directamente a una situación de maltrato, sugiere algún nivel de abandono familiar.

Del 40% de los hogares en Cuba que tiene un adulto mayor entre sus miembros, un 20% declara no recibir ayuda de familiares o co-residentes. Por su parte, hay un significativo grupo de personas mayores que vive solo, situación que los hace más vulnerables durante esta crisis. No hay que olvidar que cerca del 68% de las personas que proporcionan cuidado a las personas mayores son mujeres y la mayoría tiene más de 50 años. Muchas de ellas soportarán una carga mayor de cuidados y, en consecuencia, experimentarán episodios de mayor estrés emocional y físico.

En estas circunstancias, el tipo de cuidados que pueden proporcionar puede verse seriamente afectado. Por su parte, los espacios institucionales estatales (asilos, casas de abuelos) y privados (cuidadores cuentapropistas) también pueden ser fuente de maltrato hacia las personas mayores. Pero de ellos no existe prácticamente información alguna que nos permita monitorear la forma y condiciones en que están siendo cuidados los mayores durante la actual crisis sanitaria. Algunos reportes periodísticos antes de la crisis comenzaron a visibilizar dicha realidad, mientras que una fiscalización del 2016

realizada por la Contraloría General de la República detectó falta de supervisión en los asilos de ancianos y problemas con las condiciones higiénicas y constructivas de esas instituciones².

En cuanto a la situación de las mujeres, existen reportes de países en etapas más avanzadas de la pandemia (China, España e Italia) de un aumento de los casos de violencia de género que tienen lugar, sobre todo, en los espacios domésticos. También se ha reportado la misma situación para América Latina. Se han reducido muchos otros delitos, menos éste. La mayoría de los países cuenta con servicios de atención telefónica gubernamentales y de la sociedad civil para atender estas agresiones. En Cuba estos servicios son deficitarios. En la actualidad se registran un par de iniciativas de la sociedad civil que siguen brindando atención a mujeres durante la pandemia.

Si algo ha puesto en evidencia esta crisis de salud es la importancia del trabajo de cuidados. Sin embargo, si no cuidamos a quienes nos cuidan, poco habremos entendido que el cuidado es una relación de interdependencia donde todos (quienes cuidan y quienes reciben cuidados) son igualmente importantes. Que esta crisis nos permita repensar y rediseñar el modelo de organización de los cuidados en Cuba, el papel del Estado en la protección social, el mayor protagonismo que puede dársele a las distintas iniciativas de la sociedad civil y la necesaria participación del sector privado. Será preciso que reorganicemos democráticamente las responsabilidades de cuidado y atención, para que no siga recayendo sobre las familias y las mujeres cubanas la mayor carga de cuidar la casa Cuba.

² Información recabada del sitio https://www.prensa.com/opinion/Cuba-pierde-millones_0_4407309294.html, en noviembre de 2017.